

El nuevo idioma castellano

=Contribución a la Encuesta del REPERTORIO AMERICANO iniciada por VENTURA GARCÍA CALDERÓN. Números 10 y 11 del tomo IX. 1924.=

Señor don Joaquín García Monge.

San José, Costa Rica. C. A.

Querido maestro amigo:

En REPERTORIO, que recibo casi normalmente a pesar del servicio «siglo XVI» que padecemos en Centro América, acabo de leer el bello trabajo del incansable García Calderón en que se trata el problema del nuevo idioma castellano, y encaminado a rectificar juicios vertidos por el conocido publicista inglés Fitzmaurice-Kelly, de viejo renombre, por haber sido, según entiendo, uno de los primeros y más activos comentaristas de la literatura española, autor de *The Life of Miguel de Cervantes Saavedra* (Londres 1892, 4º m). Y como Ud. se ha servido pedirme mi parecer al respecto, ocuparé brevemente su atención para contribuir a la cruzada de renovación espiritual emprendida por García Calderón desde hace tiempo, y cuya labor revalida nuestra personalidad indo-española en la justa del pensamiento moderno. Y lo curioso es que en estos momentos, precisamente me ocupo en tratar el Quijote en un pequeño ensayo de simples apuntaciones que ya le mandaré a su tiempo.

Me refería en estos momentos a esa preocupación, muy española, «de lo que pudiéramos llamar linguografía de Cervantes» en que se ha empeñado todo el academismo patriótico castellano para hacer del Quijote el libro de la Lengua y de su autor el Príncipe de las Letras Españolas, «como si Cervantes pudiese quedar recluido a una simple gloria de estilo», etc., etc. Quería señalar el hecho, aun no bien fijado por ningún cervantómano, de la esencia netamente emotiva del genio y la secundaria relación que existe entre el viejo concepto del estilo—que entendía por tal la especulativa cultura filológica—y el primario y directo elemento de creación: la intuición, según el concepto crociano. Y hoy más que nunca es bueno repetir que «el estilo es el hombre» y que toda creación literaria inmortal revela primero al hombre, al carácter, al tipo volitivo interior y luego al «desocupado ingenio» que detalla la obra; el mismo Cervantes, que pone en boca de don Quijote el triunfo de las armas sobre las Letras (quizá sugiriendo con ello la importancia de la acción en la vida) parece expresar aquel concepto, y sólo identificándose con su personalísima forma de percepciones pudo crear el estilo del Quijote, que por eso resulta inimitable. Ya Hugo decía que el genio es inconfundible, revolucionario, etc., y Vauvenargues añadía que «los grandes pensamientos salen del corazón», indicando con ello, no una mera fórmula moral (muy discutible y ajena al asunto) sino una cuestión puramente psicológica; la vida al través del Hombre, y no al través de las modas ambientales.

Los «conservadores del idioma», los puristas, los académicos, los oradores a la romana que procedían por exordio, exposición y síntesis, como decían los retóricos, y los paleontólogos de la lengua, son, en mi concepto, las castas políticas traducidas a la lite-

ratura; son las autoridades del distinguo, los románticos de «todo tiempo pasado fué mejor» y que espigan en las ruinas de Séneca y Cicerón las «perlas sueltas» del idioma, como si el idioma fuese cosa viva en sí, incapaz de modificarse y de asumir las innúmeras formas a que está expuesto en la evolución de la sensibilidad. He llegado a pensar si todos estos juegos de palabras de «literatura, humanidades» etc., a que tan acostumbrados estamos, no son sino pura psicología, no de esta que enseñamos en los colegios adoptando para describir los fenómenos del ser la demostración de Volta y el renacuajo (sic), sino de aquella otra, profunda y lúcida de Plotino que culmina en la Libertad.

Con el pobre Cervantes ha sucedido un doloroso fenómeno de disección: de los innúmeros Ensayos que conozco, apenas uno que otro (el de Unamuno, el de J. de Armas) se salen del estudio de germanismos y refranías, de giros y construcciones; tengo a la vista quince o diez y seis estudios de lo más importantes, entre ellos el fatigoso y estéril librote de Enrique de Cárcer, con locuciones en cuatro idiomas, en donde trata de probarnos que Cervantes se limitó a escribir bien, (?) a legalizar el uso de las voces y giros que debemos emplear sin salirnos un ápice de sus reinos manchegos, sopena de incurrir en neologismos (*syrianismis et hebraismis*, como se decía de Esquilo)... Digo que este fenómeno es el apéndice del estado político de la «desventurada España», para decirlo con la expresión de Croce, y a la cual «poco o nada le resta sino el orgullo», como añade García Calderón. Todos estos estudios lingüísticos no son otra cosa que «catolicismo literario», pero catolicismo del que se usa en España, envarado en la contemplación de la antigua fórmula expresiva, y que ha parido toda una montaña de retóricas y poéticas para alumnos de seminario, como aquel librito del cura Junneman, quien con la mayor frescura ponía al fin de cada capítulo crítico: «Méritos principales del autor (Shakespeare, Dante, cualquier otro): Grandeza, elevación; Defectos principales: Obscenidad, oscuridad»...

En una sociedad en donde nada evoluciona, en donde el régimen político obliga al pensamiento a recluirse en su aspecto puramente intelectual, la labor de los mejores talentos queda circunscrita a hacer calceta con el pasado; tratar de introducir modismos y coloraciones nuevas (que en síntesis no son otra cosa que nuevos estados espirituales, siendo la palabra una simple marca de la emoción y nada más), es atentar positivamente contra el *Estado literario* y pasar de hereje o de bolchevique; y es la Libertad en el pensar, en el escribir, un serio peligro, tanto para los estilistas y paleontólogos de marras, como para los Jefes de Directorio, que en el fondo están unidos a la tradición; y así, tenía razón Bello, cuando decía que «la Libertad y las artes dejaron a un mismo tiempo el suelo de Atenas». ¡Benditas nuestras turbulentas democracias que conocen la Revolución política, moral, religiosa, lingüística, étnica!

En Cervantes existe, antes que nada, el revolucionario; vive y respira la miseria de su pueblo, hundido por el favorito de Felipe III, aquel Duque de Lerma de ingrato recuerdo a quien según unos, personifica en el Encantador Merlín (es casi el nombre) de la Cueva de Montesinos; palpa en las prisiones

y en las cruzadas contra el moro, la traición y el robo, el desvalijamiento del Pueblo (las alforjas de Sancho después del manteamiento), y «como quien no quiere la cosa», pone en su loco los desvarios de las clases dirigentes que consumen el trigo de dentro y el oro de fuera, así como, para no desperdiciar ocasión ni aspecto de la vida nacional, hace hablar al Ingenioso el lenguaje artificioso de los novelistas de su tiempo, si bien con un donaire y gracia tales que suponen una benignidad superhumana. Por último, alude veladamente a los lingüistas y purificadores del idioma cuando (Cap. I de la Seg. Pte.) don Quijote expresa los distinguos que han de hacerse en las palabras importadas de origen arábigo, como alcatifa, zaquizamí, alhelí, almorzar, etc., etc., minucias de que todavía se ocupan los profesores de castellano. ¡Menos mal cuando la Academia, por corazonadas inexplicables, legaliza nuestro corrongo, a petición de nuestros Correspondientes de la Lengua!

Nuestros galicismos son el Paso de Roncesvalles, a Dios gracias con buena suerte; si la lengua francesa ha impuesto modalidades de expresión (esto es, si enriquece nuestro acervo emotivo, si multiplica las formas de nuestra sensibilidad) débese esto a que tales renovaciones parten de un pueblo que no mira hacia atrás, como la mujer de Lot, y no se convierte en estatua de sal. Personalmente, me disgustan los cubismos pictóricos y los ultraísmos verbales; pero los sufro con paciencia porque indican un buen deseo de escudriño de las fuerzas y modalidades propias para alcanzar la expresión no adulterada del genio hispano-americano. La geometría del verso, digámoslo así, el ritmo, el sentido numérico que ha de dar un colorido individual a la creación de arte, cambia con las costumbres, con la evolución social; y hoy nos chocaría horriblemente el acento grave, extendido y grandilocuente de las señuras oratorias antiguas; y así, del pedantismo tribunicio de Roma, hemos pasado a la *causerie* privada, al ritmo ligero y algo libertino que tan bien describe nuestra manera de vivir y de ser. El modelo clásico no es un fenómeno histórico, reducido a la órbita latina o griega; es un fenómeno de *expresión perfecta* y descriptivo del ambiente en que se desenvuelve; para mí (muy personalmente) son clásicos de su siglo Verlaine en Francia; Darío en nuestra América.

Duerma España en buena hora en su bosque de laureles, en que aun se escucha el canto de Filide o el llanto de Cloe, máscaras carnavalescas de los idílicos de la Decadencia latina; *norabuena* con nosotros el Divino Cervantes (¡tan humano!) y el amanerado Gracián, el profuso e injusto Lope⁽¹⁾ y el formidable Quevedo, y el dulce Fray Luis, y el suave Garcilaso, y todos «los pocos sabios que en el mundo han sido» y despierten al mundo de las manos de sus vivisectores armados del látigo untado de miel con que fustigaron la Costumbre, las minucias lingüísticas, las momificaciones sociales y las pedanterías académicas; que ellos, mejor que los arqueólogos de la Lengua, sabrían decirnos de donde surge esa fuente, inexhausta y clara del ingenio literario que apacienta los Pueblos por caminos de gloria: de la libertad de vivir, de la libertad de querer, del choque

(1) Lope de Vega escribió, en 14 de agosto de 1604, en su famosa Carta de Toledo: «Ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe el Quijote».

y mescolanza de los giros y de las locuciones, del internacionalismo ideológico, en fin, que hace una Unidad del Hombre y una Democracia del Arte.

RAFAEL CARDONA

Tablero

=1925=

La Edad de Oro

Por aparte, en cuadernos de 16 pgs., se están editando algunos ejemplares de *La Edad de Oro*. Lector amigo: podemos remitírsela conforme vaya saliendo, si Ud. quiere suscribirse por adelantado a la serie de 10 cuadernos, esto es, a un tomo de 160 páginas de lectura nutritiva para sus hijos, o alumnos.

Precio de la serie: ₡ 1.00.

Esperamos su cooperación.



Declara Sanín Cano:

Que la Conferencia Panamericana de Santiago fué un ruído fracaso, como lo han sido todas las demás y lo seguirán siendo las que en adelante se reúnan, mientras ellas se hagan sobre la base de la colaboración norteamericana. Dice que la misión que llevan siempre a tales conferencias los yanquis no es otra que la de hacer pelear a las delegaciones de las Naciones suramericanas, y esto por la sencilla razón de que tienen la seguridad de que el día que nos vieran unidos se encontrarían con un enorme poder enfrentado al suyo, y su preponderancia quedaría así grandemente afectada. Dice que el único medio que nos queda, para librarnos del imperialismo estadounidense y para resolver adecuadamente nuestros problemas internacionales, es el de acudir a la Liga de las Naciones.

(De *El Tiempo*, Bogotá).



Sanín Cano en Buenos Aires

Desde hace algunas semanas se halla en Buenos Aires, donde tantas simpatías auna, el celebrado escritor de Colombia, don Baldomero Sanín Cano. La presencia del Sr. Sanín Cano entre nosotros merece, desde luego, ser saludada con júbilo, porque este hombre, que en su modestia valerosa sólo se dice perodista, es uno de los primeros escritores de habla castellana.

Babel se complace en saludarlo, no sólo como a tal, sino también como a uno de sus grandes amigos y orientadores.

En larga serie de ensayos, admirables de estilo y pensamiento, el maestro Sanín Cano ha sabido salvar intactas nuestras ilusiones de hombres libres.

(De *Babel*, Buenos Aires).



¿Seguirá sosteniendo Sanín Cano que la conquista no engendra derechos en América?

En todo caso, no creo que el laudo sobre Tacna y Arica dé fin a las dificultades del Pacífico. Resulte lo que resultare del curioso plebiscito que va a verificarse en provincias go-